

## 16. LA FELICIDAD DE TODA UNA VIDA

Comenzamos a preparar un tenderete con las cuerdas, anclándolas a los parabolts del fondo de la repisa. No tardamos en tener todos los trastos colgados: material, cintas, piolets, crampones, cámaras, mochilas... Así no nos estorbaban. Pisoteamos la nieve de la repisa para hacerla más amplia y dejamos el borde exterior más alto para no resbalar mientras dormíamos. De vez en cuando nos parábamos para observar las caídas de piedras. No parecía que el bombardeo hubiese aminorado mucho. Tras una hora de trabajo nos pareció que el lugar que habíamos preparado para dormir no podía mejorarse más y nos hicimos un colchón con cuerdas extendidas sobre la nieve y con las mochilas sobre ellas. Cuando colocamos encima las colchonetas aislantes aquello parecía hasta suntuoso.

Teníamos la moral muy alta, pues estábamos encantados de haber encontrado un sitio tan bueno para vivaquear, y con la sensación de tenerlo todo controlado. No nos importaba nada haber cambiado nuestro plan original y no llejar al Vivac de la Muerte. ¿Por qué asumir riesgos innecesarios?

Me senté en el extremo de la repisa. Era un mirador perfecto con vistas a la Travesía Hinterstoisser y al Primer Nevero. Éste se precipitaba de golpe al vacío, unos veinticinco metros más abajo de donde yo estaba.

—¡Santo cielo, desde aquí intentaron rapelar Hinterstoisser y Kurz! — dije, señalando al lugar donde el nevero caía a plomo sobre una gran franja rocosa desplomada. Por ese nevero no dejaban de bajar piedras rodando y pensé en lo mal que lo debieron de pasar allí. A ellos les pilló mal tiempo de verdad, no una fugaz tormenta de verano, y los aludes que les cayeron por ese nevero debieron de ser terribles.

—¿Te acuerdas de que Anna Jossi nos contó que vio aquí a Angerer, el que tenía la venda en la cabeza, y que no se movía? —dijo Ray.

—Dios mío, debió de ser terrible —contesté.

Me quedé mirando el nevero y me los imaginé encorvados y molidos, tallando una reunión sobre el hielo y tratando de encontrar algún sitio bueno donde meter los clavos para el rápel. Visualicé a Hinterstoisser buscando una

fisura en la roca, mientras Angerer se acurrucaba en el hielo con una venda ensangrentada en la cabeza. Imaginé el súbito estruendo de aquel alud final o el silbido de las piedras que derribaron a Hinterstoisser y cómo cayó, dando volteretas en el vacío. Pensé en el brutal impacto de los cuerpos de Kurz y Angerer que aprisionó a Rainer contra el clavo de su reunión y lo estranguló. Sentí un escalofrío, imaginando los últimos momentos de Kurz.

—¿Qué hora es? —preguntó Ray, sacándome de mis cavilaciones.

—Casi las cinco, ¿por qué?

—Me esperaba que esos británicos ya hubieran aparecido.

—Sí, tienes razón —dije—. A mí me preocupa el que iba en solitario. ¿Crees que seguirá vivo? —Ray se encogió de hombros de manera elocuente. Su mueca me confirmó lo que ya me temía—. ¡Mierda! —mascullé, y me puse de pie. Me até al extremo de la cuerda verde y recuperé los metros que había debajo de las colchonetas—. Acéguame un momento —le dije a Ray pasándole la cuerda—. Voy a subir un poco a echar un vistazo al otro lado. Es posible que estén bajando.

—Ten cuidado, tronco —me advirtió Ray—. Cae un montón de porquería. —asentí con la cabeza y pasé por encima de él, agarrándome a un trozo de cuerda vieja. Estaba atada a un resalte rocoso, que tenía seis metros más arriba. La usé para hacer un péndulo hacia la izquierda y llegar al nevero de nieve húmeda y sucia, y luego subí directamente colgándome de ella. Puse un anillo en el clavo donde estaba fijada la cuerda vieja y me estiré al otro lado del diedro para ver el Primer Nevero—. ¿Alguna señal? —me preguntó.

Por encima de mí el nevero ascendía unos noventa metros hasta llegar a una banda rocosa. Vi la característica línea blanca de la Manguera de Hielo, que atravesaba de izquierda a derecha la banda rocosa. El hielo de la misma parecía de poco grosor e inestable. La brisa levantó un poco de nieve. No había rastro de los escaladores. Del borde del Segundo Nevero se desprendían grandes trozos de hielo. Se produjo un sonido extraño, de algo que caía, y una lluvia de cascotes de hielo pareció anticipar que algo más gordo estaba a punto de llegar. Retrocedí rápidamente tras la roca y, aunque llevaba casco, agaché la cabeza. Fue un ruido poco habitual que no alcanzaba a descifrar. No pareció el sonido de un impacto fuerte ni de algo que cayera resbalando. Levanté la cabeza poco a poco y escudriñé a fondo la Manguera de Hielo. Llevaba todo el día pensando en ese tramo, con curiosidad por ver lo difícil que sería. El hielo parecía podrido. Regresé apresuradamente a la repisa, justo cuando otra oleada de piedras bajaba por el nevero.

—¿Qué pinta tiene eso? —preguntó Ray impaciente.

—Está aquí mismo —dije sonriendo—. Si dejan de caer piedras podríamos dejar montadas las cuerdas hasta la Manguera de Hielo esta tarde y subir por ellas deprisa mañana por la mañana. Estaremos allí en menos de una hora.

—¿En serio? Eso es estupendo. ¿Qué me dices de la Manguera de Hielo?

—No tiene buena pinta —dije, encogiendo los hombros—. ¿Sabes? Estoy muy animado. Tengo el presentimiento de que esta vez sí, tronco. Creo que vamos a hacerla.

—¿Y qué hay de los otros tíos?

—No sé —dije serio—. Deben de estar escalando. Vi cómo caían trozos de hielo. Ya sabes, lo que suele tirarse cuando se talla una reunión, se meten tornillos... Ese tipo de cosas.

—¿Están subiendo? —preguntó Ray, incrédulo.

—Ya sé, eso mismo pensé yo —contesté, al tiempo que me acomodaba sobre la colchoneta—. No tiene sentido —Ray meneó la cabeza y se quedó mirando las piedras que caían rodando por el Primer Nevero—. Lo que no entiendo es que se estén metiendo en una trampa —dije—. Piénsalo. Si están ahora en el Segundo Nevero, las posibilidades que tienen de que les caiga algo son brutales.

—¿Sabes?, la movida de la mochila, cuando la cagamos izándola en aquel largo, puede haber sido una bendición —comentó Ray.

—¿A qué te refieres?

—Si no hubiéramos perdido todo ese tiempo, tal vez ahora estaríamos ahí arriba con ellos.

—Ni de coña. Somos demasiado cobardes para eso —dije—. Sólo hay un par de rápeles para bajar hasta aquí. Habríamos salido pitando en busca de cobijo nada más ver cómo se desarrollaban esos cúmulos.

—Sí, tienes razón.

—Incluso si llegan ilesos a lo alto del nevero, ¿qué esperan hacer? —pregunté, pero Ray meneó la cabeza—. En lo alto del nevero la pared de roca les protegerá algo, pero luego tendrán que atravesar a la derecha hacia La Plancha, y de allí subir al Vivac de la Muerte.

—La mierda que caiga por La Araña será letal —añadió Ray.

—Jesús, espero que no estén heridos —dije, y miré a Ray a los ojos—. Somos los que más cerca estamos de ellos. Tendríamos que subir a ayudarles —no hice preguntas, pues me sentía un poco asustado.

—¿Subirías tú? —preguntó Ray con calma. Vi cómo caían más piedras por el Primer Nevero y luego volví a mirar a Ray. Parecía preocupado. Pensé en Simon y Mal, que arriesgaron tanto por salvar mi vida en el Siula Grande y en Pachermo.

—No tenemos elección —dije, sombrío—. Al menos tendríamos que intentarlo. Yo tendría que ir —Ray miró a otro lado.

—Iría contigo, tronco —dijo, y nos quedamos callados. La emoción de tener claro por dónde seguir y saber que estábamos en una buena posición para terminar la vía se habían disipado.

—¡Mierda! —dije de nuevo. Miré a Ray. Yo ya pensaba en los detalles de un posible rescate que, en lo más profundo de mi corazón, deseaba no tener que intentar—. Tengo mi botiquín de urgencia, aunque no es gran cosa.

—Primero tendremos que llegar hasta ellos —puntualizó Ray.

—Si necesitan ayuda, dependerá del sitio en el que estén —dije, tratando de pergeñar un plan.

—¿En qué estás pensando?

—Bueno, primero tendremos que escalar la Manguera de Hielo, si es que podemos. Entonces veremos cómo es. No tiene sentido que nos matemos.

—De acuerdo.

—Tendríamos que descolgar a quien estuviera herido por la Manguera de Hielo, y luego podríamos doblar nuestras cuerdas y bajar de un tirón hasta aquí.

—¿Y si están heridos los dos? ¿Y si...?

—No sé —musité, y meneé la cabeza irritado—. Tendremos que decidirlo cuando lleguemos allí, pero habrá que sacarlos del nevero. De lo contrario estarán demasiado expuestos. Puede que lo mejor sea fijar cuerdas desde el lugar en el que estén y acercarlos a la protección que ofrece el borde, y después esperar allí a que venga un helicóptero. Tállar una repisa grande. Yo... —dejé de hablar cuando vi la expresión de Ray.

—Iremos si tenemos que ir —dijo Ray con voz tranquila.

—¿Cómo lo sabremos?

—Podríamos llamar por teléfono a Simon —sugirió. Yo le miré asombrado.

—¿Llamar a Simon? ¿De qué coño estás hablando?

—Tú te has subido el móvil —dijo Ray, y se rió ante la cara que puse.

—Santo cielo, me había olvidado de eso —dije. Me palpé el bolsillo del pecho y noté el teléfono.

—Buen invento, estos cacharros modernos, ¿eh? —me levanté, fui hasta el extremo izquierdo de la repisa y miré hacia abajo, por la vertical de la Hintertoisser. Del fondo del valle llegaba un zumbido familiar. ¡Helicóptero! Miré sorprendido a Ray, que se levantó y se acercó hasta mí.

—¿Dónde está? —dijo, mientras escudriñábamos el cielo. El sonido de los rotores daba lugar a extraños ecos que rebotaban a nuestro alrededor. El ruido fue aumentando, y la resonancia que producía la pared resultaba desconcertante.

—¡Allí abajo! —grité, y señalé justo debajo de nosotros—. Sube por el Pilar Descompuesto. Se dirige hacia nosotros.

Era un helicóptero rojo con una cruz blanca en la puerta, y ascendía haciendo círculos. Podíamos ver desde la vertical el ligero efecto estroboscópico del disco que formaban los rotores. Un hombre colgaba lejos de la puerta, oteando la pared, como si buscara algo.

—Parece Hanspeter —dije.

El helicóptero ascendió con un fuerte rugido hasta quedarse en vuelo estacionario justo frente a nosotros, apenas a treinta metros. Ray y yo les hicimos un gesto con los pulgares hacia arriba para que supieran que estábamos bien y Hanspeter nos hizo señas de que nos había entendido. De pronto, el helicóptero trazó un gran arco en espiral y se alejó perdiendo altura rápidamente.

—Bueno, todo un detalle por su parte —dije—. Debían de estar preocupados por nosotros y habrán subido a comprobar cómo estábamos.

—No estoy tan seguro —dijo Ray, mientras seguía con la vista el vuelo del helicóptero—. Mira, está volviendo. ¿Para qué volvería si ya sabe que estamos bien? —vi que empezaba a dar pasadas lentas cerca del zócalo, recorriéndolo de lado a lado y ganando altura de manera progresiva—. ¿Qué están haciendo? —preguntó Ray.

—Buscando —contesté—. Buscan algo o a alguien—añadí.

—¿Al que iba en solitario?

—Sí, eso estaba pensando —el helicóptero volaba ahora a la altura de la cumbre del Primer Pilar, unos seiscientos metros por debajo de nosotros.

—Espera —dije—. Está aterrizando. Han visto algo.

—¿Aterrizando? ¿Sobre qué?

—Sobre el Primer Pilar —dije, mirando por el visor de la cámara—. Han apoyado un patín en lo alto. Acaban de saltar dos tíos. El helicóptero despegó de inmediato y trazó una curva para quedarse volando, estacionado sobre la seguridad de los prados. Vi cómo dos figuras con chaquetas rojas de guía corrían desde lo alto del pilar en dirección a la pared. Se dirigieron rápidamente a la izquierda del pilar y luego empezaron a moverse despacio y agachados. Uno de ellos se arrodilló como si examinará algo que estaba tirado en la pedrera aterrada. Pude ver cómo hablaba por radio. Luego, ambos se levantaron y volvieron corriendo a lo alto del pilar. El helicóptero volvió hacia la pared con una trayectoria suave, posó delicadamente un patín sobre las rocas y los dos guías saltaron dentro. Levantó el vuelo al instante y se separó de la pared volando en dirección al Kleine Scheidegg. Sentí un nudo en el estómago—. Alguien debe de haber caído. Han encontrado un cuerpo allá abajo —comenté.

—¿Estás seguro? —preguntó Ray—. ¿Entonces, por qué no lo han subido al helicóptero?

—Demasiado peligroso —contesté. Vi cómo, por el Primer Nevero, bajaban piedras rodando que salían catapultadas y caían justo sobre el Primer Pilar—. Creo que lo que han hecho ya es muy arriesgado.

—¿Estás seguro de que es un cuerpo? —insistió Ray—. Puede que fuera una mochila, algo de basura. Hay mucha por aquí.

—Sabían exactamente dónde mirar. Han visto caer algo. Seguro que ha sido el que iba en solitario —miré hacia lo alto del Primer Nevero y reparé en la cara de extrañeza de Ray—. Sé que estás pensando lo mismo que yo. ¿Cómo se ha podido caer alguien sin que nos hayamos dado cuenta? Tal vez tengas razón y sean paranoias mías.

—Llama por teléfono a Simon Wells —me apremió Ray—. Si ése era Hanspeter, habrá hablado con Simon.

Agarré el móvil y noté cómo me temblaban los dedos al marcar. Oí los tonos de marcación y luego un clic.

—¿Hola?

—¿Simon? —dije, reconociendo con alivio su voz—. Soy Joe.

—¡Joe! ¡Estás vivo! ¡Gracias a Dios, estás vivo! —dijo de manera precipitada, pero con un tono de alivio.

—Bueno, sí —contesté, dándome cuenta de que eso suponía que alguien no lo estaba—. Estamos perfectamente. Estamos seguros.

—He estado llamándote al móvil y sólo me salía ese estúpido mensaje grabado. Estaba convencido de que no descolgabas porque estabas muerto.

—Lo llevaba apagado para no gastar pila —dije—. ¿Qué ha pasado, Simon? ¿Qué ha encontrado el helicóptero?

—Espera Joe —hubo un silencio y luego oí cómo Simon hablaba por radio—. ¿Estás ahí, Joe?

—Sí, sigo aquí —dije—. ¿Qué está pasando?

—Han encontrado a los otros.

—¿Otros? ¿Más de uno?

—Sí. ¿Te acuerdas de esos dos chicos que estaban subiendo por delante de vosotros?

—¿Qué les ha pasado? —pregunté, con el estómago encogido y mirando a Ray, que seguía mi conversación atento.

—Se han matado, Joe —Simon hizo una pausa—. Hanspeter estaba mirando por los prismáticos y vio caer al que iba de primero desde el borde superior del nevero. Pensó que eras tú. Os hemos estado observando todo el día.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Se cayó? —dije con cierta impaciencia—. ¿No sería una mochila? —añadí, esperanzado.

—No —insistió Simon—. Fueron ellos. Teníamos la cámara en marcha. Rebobinamos la película. Cayeron los dos. El primero no había metido ningún seguro en el nevero. Iban en ensamble. Arrancó al segundo. Se han matado.

—¿Les han encontrado?

—Sí. Debajo del Primer Pilar. Caen demasiadas piedras para sacarlos...

—Espera, Simon —le interrumpí, y me moví hasta el borde de la repisa. Miré hacia abajo, a donde habían encontrado los cuerpos, y luego hacia el nevero que tenía por encima de mí—. Nosotros no vimos nada. Tampoco oímos nada —le expliqué, mientras pensaba en aquel ruido tan extraño.

—Cayeron justo por delante de vosotros —dijo Simon sin contemplaciones—. Vimos cómo caían.

—¡Oh Dios!, no. Mira, te volveré a llamar —dije, y colgué. Me giré hacia Ray, que me miraba de una manera extraña—. Esos chicos han muerto —blasfemó y se dio la vuelta, cubriéndose el rostro con las manos.

Le conté lo que había visto Simon y nos quedamos en silencio de pie, sobre la repisa, mirando hacia el gran abismo que teníamos ante nosotros. Ray se echó hacia un lado y se agachó con las manos en la cabeza. Vi cómo la tormenta se consumía a sí misma en los pilares rocosos del Wetterhorn. Era un espectáculo de extraña belleza. Me encontraba aturdido y pensaba si no estaría tan sólo tratando de ver las cosas buenas e ignorar lo que acababa de contarme Simon. Me sentía como ausente, imaginando cómo habrían caído, cómo habría sido. Pensaba egoístamente en mí y me sentía avergonzado. Ahora no tendríamos que intentar rescatarlos. La luz y los colores danzaban entre las agonizantes nubes de tormenta. Durante un largo y silencioso momento me encontré perdido, tratando de comprender a la desesperada qué había sucedido. Me recosté sobre la colchoneta y me cubrí el rostro con las manos. Quería llorar por ellos, pero no sabía cómo. Las piedras que caían producían chasquidos que me sacaban de mis pensamientos y miré a Ray sin decir nada. En sus ojos podía ver lo que estaba pensando. «Podíamos haber sido nosotros.»

—Yo no vi nada —dijo desconsolado—. No oí nada —miró hacia arriba, al muro que había por encima de la Hinterstoisser. Supe que acababa de deducir lo mismo que yo: habían sobrevolado el Primer Nevero en una espeluznante caída libre de novecientos metros. Me temblaron las piernas, al pensarlo.

—¿Qué hacemos ahora? —dije, y Ray volvió a blasfemar, frustrado—. ¿Seguimos?

—No sé —dijo Ray—. ¿Tú qué opinas?

—Nada ha cambiado —dije con insensibilidad—. Me refiero a la previsión meteorológica, a nuestros planes. Si mañana hace bueno podemos seguir.

—Supongo que tienes razón —dijo Ray, dubitativo. Yo tampoco estaba seguro de que fuera acertado continuar. El disfrute de la escalada se había evaporado de inmediato. Me sonó el teléfono dentro del bolsillo.

—Hola, Joe. Soy Simon. Mira, no sé qué planes tenéis, pero debo decirte que Hanspeter ha dicho que la previsión meteorológica ha cambiado. Mañana

viene mal tiempo. No sé cómo de malo. Luego debería mejorar para los próximos dos días. Pensé que os vendría bien saberlo.

—Sí, gracias —miré mi reloj. Eran las seis menos cuarto. Tres horas de luz, tal vez menos—. Por cierto Simon, ¿cuándo cayeron esos chicos?

—Hace unos tres cuartos de hora. A eso de las cinco.

—Vale —dije, pensando en el sonido extraño que oí cuando subí a mirar la Manguera de Hielo—. Ya entiendo.

—¿Qué vais a hacer?

—¿Ray? —grité—. Mal tiempo mañana. ¿Esperamos a que pase y subimos o nos bajamos ahora al Stollenloch? —Ray me mantuvo la mirada un momento y luego hizo un gesto con la cabeza indicando hacia abajo. Sonreí para expresarle mi acuerdo.

—Simon —dije al teléfono—, nos bajamos. Iremos al Stollenloch, pero antes tenemos que prepararnos. Caen muchas piedras, así que iremos lentos.

—Vale, le diré a Hanspeter que pida a los del tren que dejen las puertas abiertas a la entrada del túnel. Estaremos en el hotel. Os esperaremos. Tened cuidado.

—Lo tendremos, y gracias —apagué el teléfono—. Pirémonos de aquí —dije. Ray ya estaba enrollando su colchoneta.

A las seis y media agarré la cuerda fija que había puesta a lo largo de la fisura vertical que conducía a la Hinterstoisser y, haciendo un péndulo, abandoné la repisa.

—Ten cuidado, colega —dijo Ray—. Y pasa la cuerda por todos los seguros que puedas.

Me descolgué a pulso por la cuerda, contento con tener que ocuparme de algo que no fuera comerme el coco con lo sucedido. Cuando llegué al extremo de la travesía vi que chorreaba agua. Cayeron varias piedras silbando por delante de mí, pero sin peligro. El nevero que tenía por encima las catapultaba, y bajaban rebotando por la pared de más abajo. Deshacer la travesía tenía su miga. Pasé las cuerdas que llevaba por los clavos viejos para que Ray no penduleara y atravesé lo más deprisa que pude. La roca estaba húmeda y resbaladiza. Cuando alcancé la reunión, en el extremo opuesto, me tuve que poner la capucha. De lo alto de la pared caían chorros de agua que se me colaban por las mangas y me empapaban los brazos al agarrar las cuerdas fijas. Le grité a Ray que bajara y sentí cómo se movían las cuerdas. El sol ya estaba bajo y bañaba la pared con una luz cálida. Miré hacia abajo, hacia el Primer Pilar, ahora envuelto en gélidas sombras, y traté de no pensar en lo que yacía allí. Ray y yo teníamos una tarea y debíamos hacerla de la manera más eficaz y segura posible. Era lo único que debíamos tener en cuenta.



Cuando Ray deshizo la travesía el agua le mojaba los hombros y la mochila. La luz del sol brillaba en los chorros plateados. Me fijé en el horizonte y supe que no llegaríamos al Stollenloch antes de que anocheciera. Dejé mi mochila en el suelo y busqué la frontal. Mientras me la colocaba en el casco, Ray llegó a la reunión. Estudié el terreno que nos separaba de lo alto de la Fisura Difícil. Recordaba que los seguros escaseaban cuando la subí y que sólo habíamos pasado la cuerda por un par de pitones en cada largo. Destrepar la travesía era la opción de descenso más rápida que teníamos, pero sería delicado, y si uno de los dos resbalaba las consecuencias estaban más que claras.

—¿Qué opinas, destrepar o rapelar? —dije.

—Rapelar —contestó Ray sin dudarle un instante.

—Va todo el rato en diagonal. Es posible que recuperar las cuerdas nos cueste un huevo.

—Nos costará, pero no tenemos prisa. Vamos despacito y con buena letra, ¿eh? Seguridad ante todo.

—Como tú digas.

Pasamos las cuerdas por la reunión, las recogimos en gazas y las lanzamos hacia un lado. Aterrizaron contra la primera repisa nevada y se liaron. Bajé por ellas, las desenredé con paciencia y las volví a lanzar, esta vez por separado. Un sonido agudo me hizo acurrucarme y un puñado de piedras cayeron por la pendiente que tenía a mi derecha. Al mirar hacia arriba vi que nos estábamos saliendo de la protección que nos ofrecía la pared de roca.

Ya casi no había luz cuando nos reunimos en lo alto del corredor que conduce a la Fisura Difícil. Ray tiraba de las cuerdas para recuperarlas mientras yo las pasaba por el siguiente anclaje de rápel. Desde que habíamos salido de la Hinterstoisser las piedras no cesaban de caer. Me encontraba como ausente. No me preocupaba que me golpeará una. No podía hacer nada para evitarlo, así que me limité a ignorar el ruido de los impactos que escuchaba a mi alrededor. Observé a Ray, que bajaba con cuidado hacia mí y se encogía cada vez que rebotaban piedras cerca de él. Entonces me di cuenta de que estábamos haciendo exactamente lo que habíamos leído en tantos libros. Que se me hubiera ocurrido tenía algo de surreal.

Cuando empecé a rapelar por el corredor, encendí mi frontal y levanté la vista hacia Ray. Sonreía abiertamente; me di cuenta al instante de que se lo estaba pasando bien. Yo también sonreía. Teníamos la situación controlada. Todo iba bien. Era para estar orgulloso. Aunque nuestros planes se hubieran ido al garete, me agradaba ver que podíamos retirarnos con calma y de manera ordenada. Tomar las decisiones correctas y actuar de manera competente en una situación tensa era casi tan satisfactorio como triunfar en una ascensión.

Llegué a lo alto de la Fisura Difícil e intenté ver si el rápel alcanzaría la repisa de reunión que había debajo del techo. Lancé las cuerdas y las alumbré con el haz de mi frontal, tratando de adivinar si eran lo suficientemente largas. Llegué a la conclusión de que, con el chicleo, llegarían a la repisa, y comencé a descolgarme por el diedro aéreo. Mis botas tocaron la repisa justo cuando el nudo que había hecho en el extremo de las cuerdas hacía tope contra mi mano. Me aseguré a un parabolte, saqué las cuerdas del descensor y me quedé agarrando el nudo con fuerza.

Ray me indicó con un grito que corrían bien, y solté el nudo. Al liberar el chicleo de la cuerda, el nudo salió disparado hacia arriba. Momentos más tarde se oyó ruido de piedras que caían. Eran las que iba tirando Ray al bajar por el corredor. Me acurruqué bajo la protección del techo.

—No corre —gruñó Ray tirando de la cuerda verde, agarrado al nudo que empalmaba ambas cuerdas.

—Espera, deja que te ayude —cargué yo también todo mi peso de la cuerda. Chicleó, corrió unos centímetros y luego se volvió a atascar.

—Joder, esto era lo último que necesitábamos —dijo Ray, dejando de tirar de la cuerda.

—He colocado un bloqueador en la cuerda, si meto el pie en esta anilla puedo saltar de la repisa para dar un tirón bien fuerte.

—¿Será sensato?

—Me ataré al otro cabo. No soy tonto del todo —até un cabo de la cuerda azul al clavo y me la pasé por la cintura—. Puede que un tirón fuerte la suelte. Creo que se ha atascado en aquella fisura pequeña que hay en lo alto del corredor.

—Vas a salir volando —comentó Ray.

—Gracias, lo sé —dije mirando hacia la oscuridad que tenía por debajo. Comprobé que la cuerda azul estaba bien anclada—. Vale, vamos a tirar de ella para que chicleé todo lo posible —cuando no pudimos tirar más, cogí aire y salté de la repisa con un pie metido en una anilla que había puesto en la cuerda verde. Me tensé, preparándome para el tirón y la caída. Reboté en el aire treinta centímetros por debajo de la repisa, con la sensación de estar haciendo el idiota, y Ray soltó una carcajada—. Bueno, a tomar por saco con esta mandanga. Voy a subir por la verde y me aseguras con la azul.

—Puede que se suelte.

—Iré pasando la azul por los clavos a medida que subo.

—No vale la pena —dijo Ray serio—. No es más que una cuerda.

—Está nuevecita —protesté.

—Sigue valiendo más tu vida —dijo Ray—. Déjala, tronco —soltó la cuerda verde y salió disparada hacia arriba para perderse en la oscuridad. Deshizo el

nudo y soltó la cuerda azul—. Si bajamos derechos ahora llegaremos a la reunión desde la que hicimos aquella larga travesía a la izquierda. Después ya no nos harán falta dos cuerdas.

—Bueno, ya sólo tenemos una, ¿no? —dijo con retintín—. ¿Este rápel tiene más de treinta metros? —añadí, asomándome a la oscuridad.

—Ya lo descubrirás —dijo Ray sin darle importancia, mientras pasaba la cuerda azul por los anclajes de la reunión. Luego, hizo un nudo en los extremos y lanzó las gazas pared abajo. Desaparecieron en la oscuridad. Tiré de las cuerdas para moverlas y tratar de localizar el nudo, pero no veía nada.

Doce metros antes de que se me acabara la cuerda vi una repisa con nieve, pero el nudo penduleaba encima de ella, señal de que no llegaba del todo. Gracias al chicleo de la cuerda, alcancé la repisa con los pies, pero de manera tan justa que tuve que forcejear para sacar las cuerdas del descensor. Estudié la repisa que se dirigía hacia la izquierda. Tenía algo menos de medio metro de anchura y era de piedras sueltas cubiertas con una capa de nieve húmeda. Agarrando un cabo de la cuerda, busqué algún clavo o una fisura en la que pudiera meter un empotrador. Estaba seguro de que había una reunión cerca de donde estaba, pero con esa oscuridad y con la poca luz que daba mi frontal, no encontraba nada. La roca era lisa y no tenía grietas ni resaltes en los que meter un seguro. Solté el cabo de mala gana y con un latigazo salió disparado hacia arriba y quedó fuera de mi alcance. Le grité a Ray para que bajara y me quedé quieto, consciente del patio que tenía ante mí. Sabía que a partir de allí el terreno hasta la puerta del Stollenloch era razonablemente sencillo. Nos quedaban sólo cien metros de travesía horizontal. Ya casi estábamos. Empecé a relajarme.

Una piedra del tamaño de un balón impactó en la repisa, dos metros a mi derecha, y me dio un susto de muerte. Luego cayó dando tumbos pared abajo. Escuché cómo iba rebotando y provocando la caída de otras piedras más pequeñas. El pánico me puso en movimiento, así que comencé a buscar de nuevo algún sitio donde meter un seguro. Descubrí una fisura muy fina y metí un clavo extraplano. No dejé de dar mazazos hasta que la oreja chocó contra la roca. Es increíble cómo el miedo te descubre cosas que antes resultaban invisibles. Me aseguré al clavo justo en el instante en el que otra lluvia de piedras caía desde la pared de arriba y me hacía daño en un brazo. Ray rapeló deprisa y llegó a mi lado.

—Esto sí que es suerte —dijo mientras tiraba de un cabo para recuperar la cuerda—. Pensé que no iba a llegar.

—Gracias por contármelo —dije, y se rió.

—¿Escuchaste esa caída de piedras? —dijo Ray—. Me dieron en el hombro.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, sólo un poco magullado —se encogió de hombros quitándole importancia—. Vamos a seguir.

A las diez en punto atravesaba la repisa de nieve inestable que conduce al muro de roca amarilla que hay en la base de la Rôte Fluh. El haz de mi frontal alumbraba la sombra oscura de la puerta del Stollenloch, embutida en la roca. Me aseguré a los parabolts que hay junto a la puerta, dejé mi mochila en el suelo y le grité a Ray para que atravesara. Cuando llegó a la repisa que hay junto a la puerta, le pasé un brazo sobre el hombro y le di un tímido achuchón. No suelo abrazar a la gente, así que me sentí algo cohibido. Pensé en Tāt y supe que él, en las mismas circunstancias, me habría dado un abrazote de los gordos. Ray sonreía de oreja a oreja y me daba palmadas en la espalda.

—Bien hecho, muchacho. Bien hecho —me dijo.

—Y tú. Voy a llamar a Simon para que sepa que estamos a salvo.

Tuve que empalmar dos anillos de dos metros y medio cada uno para descolgarme de la pared, para tener algo de cobertura. Incluso así, se cortaba justo cuando Simon descolgaba. Tras cinco intentos, volví a subir hasta la puerta.

—Venga, tío, déjalo. Vámonos de aquí —dijo Ray.

—No puedo —contesté—. Simon sabe que estoy intentando llamarle. Si no le decimos que estamos bien, puede pensar que tenemos problemas y organice un rescate.

—Mierda.

—¿Hola? ¿Simon? ¿Eres tú? —dije cuando sonó mi móvil.

—¿Joe? ¿Estáis bien? —su voz sonaba tensa y preocupada. Había tenido un día largo y malo.

—Simon, nos encontramos perfectamente. Estamos en el Stollenloch. Seguros y a salvo.

—Estupendas noticias. Estábamos preocupados. Habéis tardado cuatro horas...

—No ha sido tan fácil, colega. Caídas de piedras, cuerdas atascadas en rápeles, oscuridad... Ya sabes de lo que te hablo. Escucha, ahora vamos a bajar por el túnel. Calculo que a eso de las once estaremos allí.

—Bien. Hanspeter dice que os han dejado la puerta abierta. Tenemos aquí comida para vosotros. Os esperamos.

—Oye, saca unas cervezas antes de que cierren el bar, ¿vale?

—Tenemos de todo, no os preocupéis.

—¿Qué ha sido de Heinz, Scott y los chicos? ¿Salieron por arriba?

—Sí, están a salvo, vivaqueando en la arista Mittellegi.

—Cómo nos alegramos. Nos vemos enseguida —apagué el teléfono y sonreí a Ray—. Vamos Ray. Se acabó.

Recogimos la cuerda y guardamos los arneses y el material en las mochilas. Cuando Ray empujó la puerta, tras correr el cerrojo, se abrió de golpe, ayudada por el viento que ascendía contra la ladera, y casi pierde el equilibrio. Me asustó verle tambalearse y tener que agarrarse a las paredes. Nos colamos por el agujero de la puerta y salimos al túnel. Una extraña luz verdosa lo inundaba. Tiramos de la puerta, cerramos el pestillo y el viento paró de golpe. El túnel estaba en silencio, tranquilo y cálido. Me quedé mirando un incongruente anuncio de neón que anunciaba cerveza, chocolate o alguna tontería, y luego me fijé en la puerta de madera. En un instante habíamos pasado de estar expuestos a las caídas de piedras en la cara norte del Eiger a encontrarnos leyendo anuncios.

—Alucinante —murmuré—. Es casi como si el día de hoy no hubiera existido.

—Lo sé —dijo Ray, y se dio la vuelta para empezar a caminar por el estrecho arcén de madera que recorría el túnel, a un lado de las vías—. Hasta tendría gracia, de no ser por lo de esos chicos.

Parecía que el túnel no acabara nunca, y la fuerte inclinación de las vías nos machacaba los dedos de los pies al bajar. Fuimos dejando atrás el resplandor de neón verduzco. De pronto Ray resbaló en una mancha de grasa y se cayó contra las vías. Se le apagó la frontal. Soltó unos tacos y se puso de pie. La oscuridad era total. Sin frontales hubiera sido una pesadilla. Media hora más tarde salíamos del túnel y atravesábamos la vacía estación de Eiger Gletscher. Las luces de los hoteles de Kleine Scheidegg centelleaban media hora de camino más abajo. De repente, me sentí cansado. No había sido un día especialmente duro, pero bajar sabiendo que dos hombres yacían, destrozados y sin vida, en las rocas que teníamos por debajo, me destrozó. Dejé que Ray bajara delante y le seguí despacio, pensando en la montaña. Me preguntaba si merecían la pena los riesgos. Mi corazón sabía que seguía queriendo escalar esa pared, pero en cierto modo mi romántico idealismo sobre esa vía se había hecho añicos.

«Ellos conocían los riesgos», me dije a mí mismo. «Todos los conocemos. No ha cambiado nada. Al menos para nosotros.» Cuando rodeamos la arista redondeada que baja hasta el Kleine Scheidegg me di la vuelta para ver la silueta del vasto anfiteatro negro recortada contra la noche estrellada. En su centro, la luz de las ventanas de la galería soltaba destellos dorados desde las profundidades de la pared. Deseaba estar allí, y lamentaba que hubiéramos decidido bajarlos. Lo teníamos al alcance. Tal vez no tuviéramos otra oportunidad. Me preguntaba si Ray querría seguir intentándolo. «Tal vez este año no.»

Cuando empujamos las puertas de cristal del hotel, vi a Simon Wells de pie, en el vestíbulo, sonriéndonos. Se acercó y me puso un brazo sobre el hombro.

—Me alegro de verte, Joe, pensé que te había visto matarte —parecía rendido—. Ha sido el peor día de mi vida —añadió.

Tenía aspecto de estar destrozado también, y de pronto me di cuenta de lo que tenía que haber pasado. Debe de ser una experiencia terrible, ser testigo de la muerte de un amigo al que conoces desde hace quince años y tener que esperar, impotente, a que los guías vayan a recuperar su cuerpo. Nosotros estábamos en medio de todo eso. Nada más que teníamos que ocuparnos de nuestra situación. Era lo que sabíamos hacer. Para Simon debió de ser algo insufrible.

Cuando Hanspeter bajó sus prismáticos y dijo: «*iScheiß!*» (¡Mierda!) ¡Se han caído!, la reacción inmediata de Simon fue negarlo. Todos se quedaron mudos del susto. Lo que había sido un juego se convirtió de pronto en la cruda realidad. Todos sabían que era una escalada peligrosa, pero los únicos que entienden a fondo el riesgo que se corre son los escaladores. Luego, Mark se acordó de que la cámara estaba grabando y enfocada a esos dos escaladores. Rebobinaron la película, y allí estaba grabada la desgarradora imagen de dos hombres cayendo desde el Segundo Nevero, camino de una muerte segura.

A diferencia de algunos amigos, yo no he visto nunca matarse a nadie en una caída, pero creo que eso echaría por tierra la endeble fantasía que me había creado para convencerme de que asumir riesgos era algo aceptable.

—Entrad —dijo Simon—. Tenemos comida para vosotros...

—¿Cerveza?

—Sí, toda la que queráis.

Simon nos condujo a una habitación en la que había una mesa llena de bocadillos y comida fría. Abrió dos botellas de cerveza. Ray y yo brindamos y dimos un trago largo. No tenía hambre, aunque apenas habíamos comido desde la mañana. Simon me pasó una botella de vodka, le di un buen trago y se la pasé a Mark Stokes, el cámara.

—Gracias —dijo—. Y bienvenidos.

—Oye, ¿Sabe alguien algo sobre el escalador que iba en solitario? —pregunté, y me di cuenta de que se les había helado la expresión.

—¿Qué escalador solitario? —preguntó Simon, y le conté lo de la persona que habíamos visto en la Fisura Difícil.

—No, no le vimos en ningún momento.

—Bueno, pues estaba en la pared en medio de todo aquello. De hecho, cuando vimos el helicóptero ambos estábamos seguros de que era él quien se había caído. Enterarnos de que se había caído una cordada de dos fue un palo. No entendíamos cómo había podido suceder algo así.

—Ahora que lo dices, es raro —intervino Mark Stokes—. Cuando Hanspeter dijo que os había visto caer estábamos unos cuantos alrededor de la cámara y, como es lógico, se produjo bastante conmoción. Recuerdo que había un turista de pie junto a mí. Era británico. Dijo algo así como: «Vaya, es el segundo tipo que veo caer hoy.»

—¿Estás de broma? —dije mirando a Mark.

—No. Recuerdo que me pareció un comentario estrambótico, pero estábamos tan ocupados viendo lo que se había grabado, pensando que se trataba de vosotros y teniendo que organizar lo del helicóptero que se me olvidó. Tal vez ese hombre sí que viera algo.

—Será mejor que hablemos con Hanspeter por la mañana —dijo Ray—. Si no se cayó, puede que esté herido o en algún apuro. Sin embargo, es raro que nadie le viera en el Segundo Nevero.

—Sí, la única manera que tenía de bajarse era por donde bajamos nosotros. Y no vimos a nadie —añadí—. Pásame ese vodka. Necesito otro trago. ¡Menudo día!

Charlamos hasta tarde, bebimos demasiado y luego fuimos, tambaleándonos, hasta la cama. Ray y yo teníamos pensado vivaquear en el patio exterior del hotel, pero Simon insistió en alojarnos en el lujoso hotel Scheidegg. Caí redondo, sin lavarme, y sumido en una gran incertidumbre.